

Sección Debate (*revista PH 108*, febrero 2023)

Debate 24: Paisaje y energías alternativas

Textos provisionales [pre-prints]

Paisajes renovables, una cuestión de equilibrio

José Manuel Izquierdo Toscano | Grupo de Estudios Avanzados sobre Territorio y Medio Ambiente "TEXTURA"

"...estoy en el puro porvenir que me rodea. El porvenir es el mar, el viento, el cielo, la luz"

Jean-Marie Gustave Le Clézio

La especie humana se ha revelado como una de las mejores dotadas para adaptarse a las cambiantes condiciones medioambientales de la Tierra en sus diversas áreas geográficas. Esta capacidad de acoplamiento le ha permitido en un estadio inicial colonizar territorios extremos, con unas adversas condiciones de vida, mediante el establecimiento de una relación con el entorno basada en un aprovechamiento más o menos intenso de sus recursos naturales. El resultado final ha sido una transformación paulatina de buena parte de los suelos del planeta con la consiguiente degradación y aislamiento de las áreas naturales.

Los grupos humanos, en su continua adaptación al medio que habitan, han ido tejiendo redes de infraestructuras que estructuran el territorio tal y como lo percibimos en la actualidad. Estas redes han propiciado transformaciones en el paisaje originario, incorporando elementos novedosos que tras un largo y complejo proceso de asimilación social acaban formando parte del imaginario colectivo. Así, podríamos señalar el carácter patrimonial, como máximo grado de reconocimiento de las poblaciones del entorno, que llegan a adquirir alguno de estos elementos (como los puentes y calzadas romanas, molinos de viento, pantalanés, puentes de ferrocarril ejecutados durante los siglos XIX y XX) o el carácter icónico atribuido a determinadas intervenciones contemporáneas.

De entre todas las actividades del hombre destacan, por su intensidad, las derivadas de la producción, distribución y transporte de energía. Su desarrollo se ha sustentado en un conjunto de "líneas artificializadoras" del paisaje, que en su concepción y posterior materialización han respondido a un patrón deudor de las propias características de los recursos energéticos empleados. A partir de mediados del siglo pasado, como respuesta a una demanda creciente, su ritmo de implantación ha sido vertiginoso.

Por otro lado, la necesidad de garantizar un abastecimiento energético "seguro" a una economía en plena transición tecnológica hacia modelos productivos "bajos en carbono" favorece un notable crecimiento de la producción energética a partir de las denominadas "energías renovables". La ejecución de instalaciones energéticas renovables conlleva la aparición de una serie de huellas territoriales caracterizadas, fundamentalmente, en función del tipo de enclave y el modelo de gestión de la energía producida.

Una de las características fundamentales de los recursos renovables, y probablemente su principal rasgo distintivo frente al resto de fuentes energéticas, consiste en su perfecta simbiosis con el medio del que emanan. Su concepción requiere la acción conjunta de una serie de procesos naturales, tanto globales como locales, que son similares a los que han moldeado el territorio sobre el que los podemos localizar. Esta génesis compartida justifica la aparición de un fenómeno de identificación, entre los recursos energéticos renovables y el soporte territorial, que posteriormente alcanza al hombre y el modo en el que se relaciona con su entorno. Por todo ello podemos concluir que de un conocimiento detallado de los condicionantes del lugar podemos extraer las propias claves del aprovechamiento responsable y renovable de sus recursos. Hablamos de lógicas naturales que cubren un amplio rango cuya intensidad abarca desde la contundencia de la radiación solar en latitudes meridionales hasta la sutileza de la presencia de una fuente geotérmica en un enclave determinado.

Sin embargo, estas leyes naturales, alguna de las cuales con frecuencia siguen siendo inescrutables para el hombre, no encajan con las exigentes condiciones que imponen las necesidades de abastecimiento energético de las actividades humanas (en manos de agentes económicos que priorizan la obtención del beneficio inmediato). Aquí entra en juego el modelo de gestión de la energía renovable generada. La tendencia habitual consiste en imponer un modelo de

gestión centralizado de lógica global, propio de fuentes energéticas convencionales, sobre recursos energéticos renovables que deben su propia existencia a lógicas regionales o locales. Estamos pues, ante una “cuestión de equilibrio” en la que parece razonable potenciar aquellas intervenciones que no alteren los fundamentos inmanentes a los propios recursos energéticos renovables.

En territorios como el andaluz, pioneros en el desarrollo de las tecnologías contemporáneas de aprovechamiento energético de los recursos renovables, disponemos de numerosos ejemplos de buenas y malas prácticas en la implantación paisajística de infraestructuras de energías renovables.

El impacto derivado de la percepción del paisaje, en el que lo objetivo y lo subjetivo se interrelacionan en un marco dominado por los paradigmas culturales de nuestra época, es uno de los más complejos. El nuevo estatus otorgado a la relación con la naturaleza exige respuestas capaces de quebrar la tendencia que consolida la degradación del hábitat natural en beneficio del artificial. La dificultad derivada de la percepción del paisaje exige la aceptación por parte de una sociedad no dispuesta a renunciar a sus cotas de “bienestar energético”, de la transformación de sus paisajes cotidianos. Entre las pautas de este proyecto colectivo, la “ecología” aparece como uno de los principales elementos configuradores de su forma de vida. Para ello, una transformación “pausada” y “equilibrada” del paisaje se perfila como una de las premisas de un proyecto común de calidad que esté capacitado para el establecimiento de una dialéctica con su entorno que refleje la integración de estas “arquitecturas” con la naturaleza.